

---

# **LLAMARADAS Y HUMORADAS**

**RICARDO URIBE ESCOBAR**

Artículo extraído del libro:

**EL PERIODISMO EN ANTIOQUIA**

Selección y prólogo de

**JUAN JOSÉ HOYOS**

© 2003  
Primera edición  
Alcaldía de Medellín  
-Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín-  
Concejo de Medellín  
Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina

Todas las cosas de este mundo tienen dos caras: la que provoca el llanto o la aflicción, y la que nos hace reír y aun alegrarnos en ciertas ocasiones. Claro que a veces la intensidad trágica del acontecimiento hace posible sacarle el jugo cómico, cual sucede en presencia de un agonizante a quien no podemos celebrarle los divertidos y graciosos gestos que hace. Es curioso que con ser tan viejo el espectáculo de la muerte, no le hayamos cogido confianza y no nos atrevamos a divertirnos a su costa, como ocurre, por ejemplo, cuando algún prójimo pierde el equilibrio y se da algún nalgazo o enseña partes interesantes y sonrosadas... cuando es prójimo la víctima de las cáscaras de plátano o de los alisamientos traicioneros.

No es que yo vaya a buscarle risa al siniestro espantoso del último sábado, pero ni yo ni el alacrán podemos con el genio y por eso tengo que anotar los comentarios cómicos que provocó el incendio. Cuénteme mi sobrina que casi todas las mujeres de la villa acudieron al teatro del acontecimiento - como decíamos ahora tiempos - en trajes no modestos ni vestidos como quisieran los miembros de la honorable Junta de Censura. Dizque había muchas enseñando, por debajo de los abrigos, los ribetes y encajes de las camisas de dormir y tan transparentes que, a la luz del incendio, representaban espectáculos de cine que lo dejaban a uno frío, a pesar del calorazo que despedían los edificios que el fuego devastaba. Lucían otras las piernas desnuditas, porque en la precipitación olvidaron las medias, y no faltaban quienes enseñaran, bajo las gorras, trencillas apretadas y marrones multicolores. Me dice también mi sobrina que una gentilísima dama se vio de pronto como parada sobre un pedestal de blanca espuma, que algunos maliciosos tomaron por un montoncillo de ropa blanca, escurrida traicioneramente hasta los pies calzados con dos botas distintas. Es seguro que muchas encontrarían novio y otras lo perderían, por la desilusión consiguiente al desarreglo.

Otro caso curioso fue el de una mujercita del pueblo que decía a su vecina: -¡Qué le parece, qué gente tan mala!- No permiten pañar nada y más bien dejan que todo se vuelva chicharrones. Mi muchacho corrió a ver qué cogía, pero esos lambones policías, apenas lo vieron pañando unos papeles, le echaron mano y se lo alzaron.

¿No es admirable esta idea simplista del pueblo, muy natural y lógica? Así dizque lo comprendió don Ismael Correa, quien les dijo a los policías y particulares que trataban de ponerle a salvo los licores de la droguería:

-Bébanse eso, muchachos, antes que se queme...

Me cuentan, además, que cuando el fuego paseaba sus lenguas rojas y devoradoras por todo el frente de la manzana trágica, uno de estos judíos del marco -descuadrado ahora- de la plaza, ofrecía en alta voz acciones de la Cía. Colombiana de Seguros a tres pesos, y dicen que alguno ofreció pagarle a dos noventa y cinco, para no perder tiempo.

Me gustó mucho también haber visto el domingo por la mañana a un curita que se paseaba frente a las ruinas, cantando suavemente aquel bambuco de Julio Flores:

“Oye, bajo las ruinas de mis pasiones”.

Quien sabe qué lúgubre asociación de ideas despertaba en la mente del lírico levita el espectáculo de aquellas humeantes ruinas.

N. de E. Crónica motivada por el incendio que arrasó el centro de Medellín.

Octubre 31 de 1921.

Tomado del *Almanaque de don Alfonso Ballesteros*, Medellín, 1983.

*La crónica en Colombia: Medio Siglo de Oro.*

Imprenta Nacional de Colombia; Mayo 1997.